

Dr. John C. Smith

President

Faculty of Medicine

Discurso

del Diputado don León Cortés

SEÑORES:

No decliné el honor de tomar la palabra en esta hermosa fiesta conmemorativa, en representación del Directorio del Poder Legislativo, porque soy de los que creen que mi pequeña patria Alajuela, al honrar el recuerdo de los héroes de la Campaña Nacional, toma de día en día una fisonomía más acentuada y se caracteriza entre las otras provincias y regiones del país. Si algún día, Dios no lo quiera, se desatan las calamidades de un conflicto internacional, y

tenemos que acudir de nuevo a la suerte de las armas, los hijos de Alajuela irán al campo con honor y dejarán sus nombres esclarecidos en las legiones de valientes.

Vengo, pues, a ejecutar un acto y no a decir palabras más o menos sonoras: un acto de fe en las fuerzas vivas de la nación, de fe en su destino que dentro de nuestra pequeñez, que a pesar de la pobreza que aflige a las generaciones actuales, ha de transformar dentro de pocos años con estu-
pendo progreso su territorio, logrando el mejoramiento en el sentido de la cultura y de la virtud de nuestros conciudadanos.

Un acto de fe, repito, en la autonomía del país, y delante de este monumento que cumplirá pronto un cuarto de siglo, y en este aniversario glorioso, podemos y debemos afirmar que Costa Rica adquirió el derecho, enaltecido por la sangre derramada de sus hijos, a que el extranjero poderoso respete su hidalga pequeñez, la integridad de su territorio y la eficacia de sus libertades.

Cuando en 1856, a consecuencia de la

invasión filibustera que penetró en el Guanacaste, fué preciso deliberar acerca del problema de vida o muerte que se presentaba para nosotros, no hubo entre aquellos hombres, verdaderos próceres de nuestra Independencia, ninguna timidez ni la menor vacilación; todos, así el Gobierno como el pueblo, aceptaron el reto y prefirieron mil veces la muerte antes que la esclavitud.

Pero me imagino que decretada la guerra se preguntarían los estadistas pensadores de la época, con qué elementos vamos a enfrentarnos a los americanos, con qué recursos podrá mantenerse la campaña, con qué soldados adiestrados contamos para la empresa?

Y esta pregunta angustiosa tendría que ser formulada hoy también si nos encontráramos en situación semejante. Ni tenemos tropas de línea ni armamento suficiente, ni el dinero, que con tanta razón se ha llamado el nervio de la guerra.

No importa, señores; nos queda, en cambio, patriotismo; y el amor a la tierra que nos vió nacer suple todo, tanto en los

tiempos modernos, en la era del submarino y del zeppelin, como antaño, cuando rechazaron los griegos inmortales a los persas aguerridos de Jerges, señor de tierras y mares, como vencieron también nuestros padres, después de cruentos sacrificios y penalidades, a las huestes del hábil general filibustero.

Rivas es el nombre de la ciudad de Nicaragua en cuyos muros se decidió la suerte de Centro América; Rivas fué la victoria obtenida muy rudamente contra fuerzas superiores, y si pereció la flor del ejército costarricense, tan grande sacrificio no fué estéril, porque Walker, al emprender su retirada con la muerte en el alma, tuvo que comprender que allí quedó extinguida para siempre su empresa temeraria.

Porque, señores, a despecho de los que reverencian la fuerza, de los que se arrodillan ante el dollar, de los que se inclinan ante el número, de los que se pliegan ante el éxito, sólo existe en la tierra una causa que hace invencible e invulnerable, la buena causa de la razón y de la justicia, y sólo

ante esa divinidad se ha sacrificado y debe inmolarse Costa Rica.

Por eso surgió de nuestras filas un hombre suave, oficial apenas iniciado en las faenas del cuartel, comerciante alistado al primer toque de clarín, que, de la noche a la mañana, se muestra enterado de los secretos de la estrategia, del arte, ya eficaz entonces, de levantar trincheras para guarecer en ellas a las tropas, y capaz, con su ejemplo, de suscitar las más vibrantes abnegaciones. Su nombre inmaculado aparece rodeado de una aureola de sacrificio; me refiero al invicto Cañas.

Por eso también Alajuela se ufana de contar en sus anales las hazañas de aquel otro militar bizarro que, como Desaix en Marengo, supo marchar guiado por el trueno del cañón y por las instigaciones de su patriotismo, marcando su oportuna llegada, la hora de la suprema angustia, transformada luego con su viril colaboración, en el inefable alborozo de la victoria. Coronemos siempre de laureles la memoria de Alfaro Ruiz.

Por eso, repito, y esto es más grande, señores, un oscuro hijo del pueblo, de la estirpe más humilde, ignorante y, por lo mismo, libre de las asechanzas de la vanidad, de entendimiento limitado, que no le permitió pensar en el lugar glorioso que la patria agradecida habría de reservar para su memoria, dió dos pasos al frente cuando una voz pedía un acto de coraje, tomó la tea y simplemente, sin ostentaciones ni arrogancias, marchó al encuentro de la muerte.

Otros países tienen sus leyendas y sus genios, reverencian un general que fué favorito de la gloria, o que dió ejemplo de austeridad después de las batallas, Napoleón y Cincinato, o Washington, que tiene de ambos personajes. Nosotros hemos erigido este monumento a un soldado, hemos realzado la acción gloriosa sin desfigurar al héroe o adornarlo con cualidades que no le pertenecieron. El pueblo debe contemplarse en ese bronce, el buen pueblo de Costa Rica, fiel, sufrido, que lleva sobre sus hombros las cargas más pesadas de la paz, y que es carne de cañón, la carne del sacrificio si la

guerra estalla; que devora en silencio sus penas y soporta con estoicismo los males que lo afligen; el pueblo, apegado a la paz, a la religión, a las costumbres, que reverencia a Dios y a la tierra, que adora su casa, su compañera y sus labranzas, que siente que es una gran fuerza, y que cuando ve en peligro inminente, como ave de mal agüero, obscurecer el cielo de la patria, corre presuroso con sólo una exclamación en los labios, muy humana, muy sincera por cierto: la de velar por su anciana madre, y con la sublime sencillez de Juan Santamaría, volverá a ofrendar la vida por salvar a Costa Rica.

HE DICHO

(Del folleto *Once de Abril*).

Perfiles lugareños

Mundita

DE baja estatura, más bien gorda que flaca, de tez morena, con aire acholado, revelador de la proximidad de su estirpe a nuestra sangre aborigen, con un andar a toda prisa y siempre mirando al suelo, un poco encorvada por los años, que ya pasaba de medio siglo, la viejecita de la «Concepción», la buena MUNDITA, era conocida en todas las casas de Alajuela, donde las puertas le franqueaban el paso, sin recelos ni desconfianzas.

Con un rebozo rasgado, del que era difícil decir si en sus mocedades fué a rayas o a

cuadros, por lo sucio y desteñido, con una de las puntas doblada sobre el hombro izquierdo, Mundita recorría los campos, apenas iniciado el día, con un enorme canasto a cuestas, comprando huevos, achiote envuelto en tusas, frutas, verduras y otras menudencias que por la tarde, o al día siguiente, habría de traer a la ciudad para colocar en las casas de sus familias conocidas, conformándose con ínfima ganancia.

Quién que muy temprano saliera al campo no se encontraba en el camino, sudorosa y fatigada, a Mundita, que, dirigiéndose ya a Desamparados, al Coyol o a San Antonio, iba en su cotidiana peregrinación de la lucha por la vida a recoger los productos de su pequeño comercio.

Con alma bondadosa y sencilla, ella ponía toda su actividad, que era mucha, al servicio de sus favorecedores y resultaba frecuente el que la señora de la casa, necesitada de una botella de *miel de palo*, ya para satisfacer un antojo, bien con fines curativos, ocurriera a la rústica comisionista para hacerle el encargo, a sabiendas de que la miel ven-

dría a todo trance. Al otro día, muy temprano, y sin el *upe* fastidioso de pordioseros y vendedores a domicilio, se presentaba en el interior de la casa, y con un *buenos días mijita, cómo ha amanecido!*, todo cortesía y fineza, pasaba a dar cuenta de su mandado, haciendo entrega de la consabida botella de miel de abejas, ponderando la bondad del *jicote* de donde procedía, y haciendo interesante referencia, en cuanto a la pureza de la misma, por existir en la vecindad de la colmena un trapiche donde los insectos se aprovisionaban.

Ella calificaba la mercadería de *asiaditica*, porque hemos de advertir que en el lenguaje de esta recordada viejecita los diminutivos eran muy frecuentes y a diario empleaba el *mijito* y el *mijita*, significando su afecto a quien tal tratamiento prodigaba.

Aun la recuerdo entrando por el corredor de mi casa paterna, habiendo anunciado su presencia con un *Buenos días mijita, me compra chayoticos que traigo muy fresquitos?*

Y mi madre, que tenía en gran estima a Mundita, a quien exaltaba ante nuestros

ojos como modelo de actividad y diligencia, cuando quería corregir alguna de nuestras frecuentes haraganerías, salía a recibirla, y entraban en conversación.

—Hoy no le compro, pero me alegro que haya venido, porque tengo un encargo que hacerle: voy a echar una gallina, con huevos que me trajeron de San José, y no tengo culeca. Usted me podría conseguir una?

—De fijo no se la ofrezco, pero en el Río Segundo hay una señora que me quiere mucho y que tiene gallinitas *muy buenas sacadoras* y allí debo *conseguile la culeca*. De por sí tengo *quir a mercar* unos camotes que me encargaron. Pero ya me voy *mijita*, porque tengo *quir a los Desamparaos* esta tarde, a *trer achote*, porque en el Hotel *me lo mercan de diez riales parriba*. ¿Y unos *tomaticos* no deja? Están *maduríticos*.

—Bueno, véndame unos dos reales, pero de los que estén pintones, porque no los voy a gastar hoy.

Y haciendo entrega de los tomates, ya se disponía a salir, canasto al brazo, cuando mi madre le hacía el ofrecimiento de una taza

de café que ella aceptaba de buena gana, y conocedora de la casa y sus recodos, como que ya sus pasadas hacían *trillo* en corredores y zaguanes, — tales eran de frecuentes sus visitas, — desfilaba para la cocina donde era recibida por las criadas con aparatosas muestras de simpatía.

Y al salir de la cocina, después de haber tomado un café con proximidades a almuerzo, — ya que la orden de mi madre había sido, no corregida y aumentada como acontece con chismes y murmuraciones, deshacedores de honras y virtudes, — pero sí lo segundo, ya que al pedazo de pan se habían agregado *empanadas* o *picadillos* que habían quedado del día anterior, la cocinera le hacía el encargo de traerle un cinco de *jabón de chanco*, anunciando en altos tonos que se bañaría la cabeza el próximo sábado para desgrasarse el pelo, porque hemos de advertir que el tal jabón constituía otro de los principales artículos del comercio de Múndita.

Y todos los encargos se cumplían con una exactitud incomparable, y de aquellos ma-

ravillosos canastos salían pollos, cuyas carnes habrían de ser factor importante en la convalecencia de una fiebre tifoidea, gallinas cluecas para funciones de incubación, medias botellas de *vinagre de guineo*, y un sin número más de provisiones.

La cosecha de jaboncillos del potrero del *Tanque* venía a suministrar a nuestra Munita otro artículo comprendido en su expendio, ya que de diversas casas le hacían el encargo de tales frutos cuyas cortezas, según opinión de expertas lavanderas y de más de una de nuestras madres, hacen de insustituible jabón para lavar ropa de lana evitando su encogimiento.

Y aquel espíritu rústico atesoraba en sus interioridades tanta boudad y tanta dulzura, completadas por un exquisito dón de gentes, que despertaba una atrayente simpatía aun para personas esquivas y de continuo mal humoradas.

Conocí a un buen señor, el cual a su temperamento intransigente, unía un genio que no es para contado, y que siempre temeroso de que por medio del correo de vendedoras

a domicilio y de viejas santurronas, llegara a oídos de su virtuosa compañera la historia de uno que otro desliz amoroso, tenía repulsa por todas las visitantes de tal género y vivía a jarros con ellas, pero en tratándose de Mundita, no sólo le dispensaba grandes atenciones sino que aun le hacía obsequios de cuando en vez.

Y aquella viejecilla, ya al arrugarse, blanca la cabeza y abatido el ánimo por penas y miserias, cuya existencia discurría por medio del rudo batallar, cuando por caprichos del destino, y sin haber hecho más que ella, otros disfrutaban de un apetecible bienestar, había tenido en la juventud las caricias del amor. Aquel espíritu, ya marchito, había sido fragante flor en el campo de los afectos, y en su hogar virtuoso creció Joaquín, su único hijo, a quien ella nombraba en toda ocasión y por todo motivo, diciendo que había sido la voluntad de *Nuestro Señor* el llevárselo para los eternos reinos de la Gloria.

Y su hijo y su hermana María, con quien ella compartía el techo de una miserable casu-

ca, la cual parece que hace supremos esfuerzos por mantenerse en pie,— tal es de ruinoso su aspecto,— y que el transeunte puede ver todavía en la calle que de la plaza de la Concepción conduce a los viejos estanques, eran los sagrados cultos de aquella buena mujer.

La tradición de la ciudad dice que el alma de Joaquín hacía milagros a las personas que auxiliaban a su anciana madre y de esta creencia derivaba ella grandes provechos, pues con destino al ánimo de Joaquín, recibía numerosas limosnas en dinero, en ropa o en alimentos.

En medio de sus tristezas, pobre y enferma, Mundita vivía siempre sonriendo al infortunio y con una suprema conformidad, no sólo era feliz sino que tenía el dón de comunicar su felicidad.

Ella aconsejaba resignación y paciencia para todos los males terrenos, y como sincera creyente, tenía fe en mejores días, en la otra vida a donde deseaba ir a reunirse con su Joaquín.

Qué hogar de esos donde el hado de la fatalidad penetra como diabólico turbión y

todo lo agosta y todo lo sume en la profunda pena, no oyó una palabra de consuelo de aquel espíritu altamente superior, inaccesible a las asechanzas del mal y siempre dispuesto al bien?

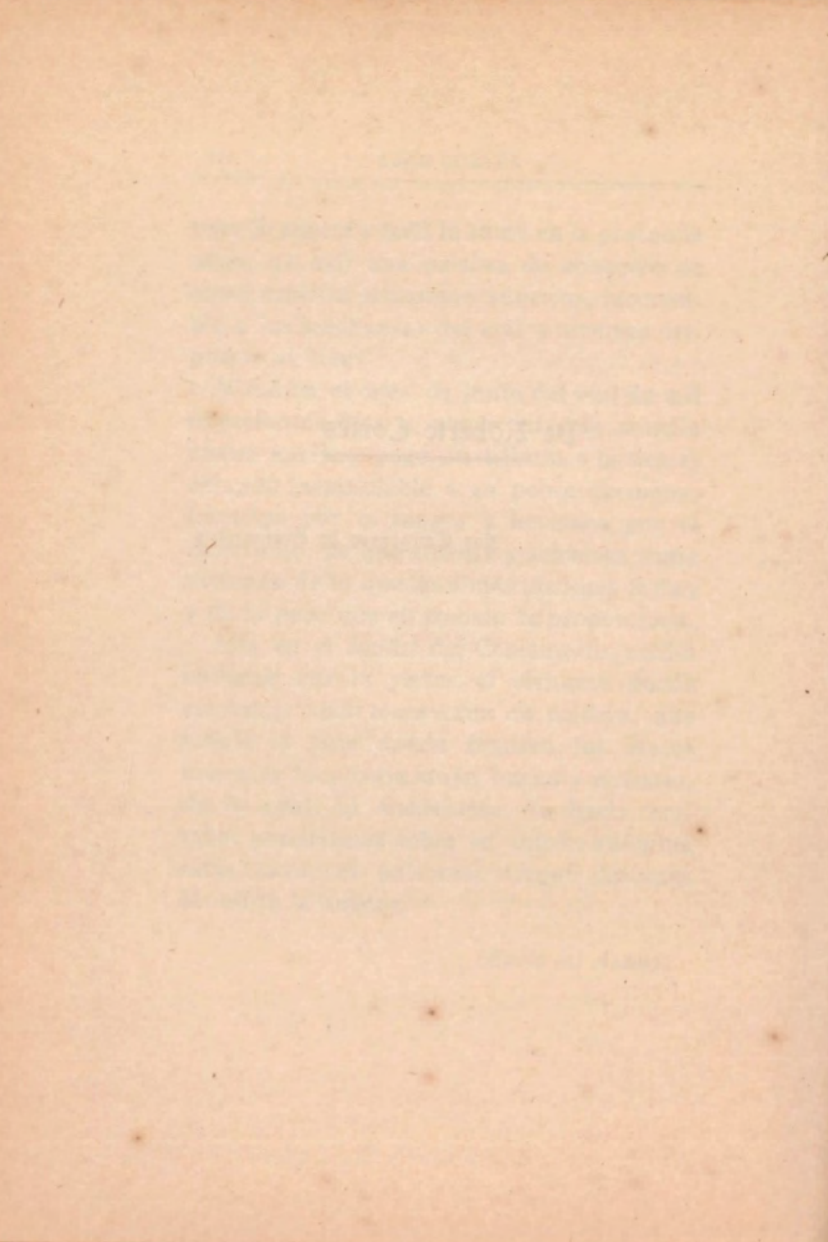
Y fué en el mes de junio del año de mil novecientos diez y nueve en que aquella buena anciana pagó su tributo a la tierra, dejando inconsolable a su pobre hermana, hermana por la sangre y hermana por el infortunio, ya que abatida y achacosa sigue viviendo de lo que las almas piadosas le dan y de lo poco que su trabajo le proporciona.

Allá en el fondo del Cementerio, medio cubierta por la yerba, el visitante puede encontrar una tosca cruz de madera, que señala el sitio donde reposan los restos mortales de aquella mujer buena y virtuosa, de la cual, si tratáramos de hacer epitafio, pondríamos sobre su tumba anónima estas lacónicas palabras: «Aquí descansa Mundita la buena».

(Envío del Autor).

De Roberto Cortés

Los Congresos de Higienistas



Los Congresos de Higienistas

HACE algo más de treinta años que un grupo de hombres de ciencia se reunió en Bruselas en el otoño de 1876 para formar un congreso internacional de higiene; y si escogieron aquella ciudad fué porque ella poseía ya en su seno un centro de sanidad digno de toda admiración (*Bureau d'Hygiene*) por los esfuerzos en él realizados en favor de los intereses sanitarios de sus habitantes.

Muy pronto vemos a muchas otras grandes ciudades imitar aquel centro implantando en ellas todas las medidas que se creyeron convenientes a fin de evitar, en lo dable, el desarrollo de enfermedades y muertes prematuras.

El segundo congreso de higiene tuvo lugar dos años después en París, tratándose en él, entre otros asuntos, la *higiene de los hospitales* y quedando, desde aquella época el tema como obligado en esta clase de congresos.

En 1870 se reúne un congreso en Turín en donde se sientan las bases para una legislación internacional sanitaria, que a manera de la inglesa (*Public Health*), de 1848 con sus *Generals Boards of Health* and *Locals Board of Health* fuera un canon de Higiene en el continente europeo.

El cuarto congreso se reunió en Ginebra, quedando allí fundado el «Bureau Sanitaire Federal de Berna» y fué entonces cuando Hermann Coln, de Breslau, en la sección de Higiene de la infancia, habló con tanto fervor y convicción acerca del nombramiento de médicos escolares y sus obligaciones.

En el siguiente, que se reúne en La Haya, se trata por primera vez el, para Europa interesante tema de la higiene de las colonias, en donde tantísimas útiles existencias han sido inhumanamente sacrificadas bajo

el pretexto del servicio militar en ultramar.

El sexto congreso es uno de los más famosos; tuvo lugar en la bella capital de Austria y fué en él donde hizo oír su autorizada voz el venerable maestro de la higiene Max. von Pettenkofer, de Munique, quien, con toda la elocuencia que le daba su inmenso saber en la materia, recomendó el estudio de la higiene en las universidades y colegios de segunda enseñanza. No hay duda que el desarrollo que en muchas direcciones ha tomado la higiene se debe, en gran parte, a aquel memorable discurso y sabias indicaciones hechas por Pettenkofer.

Para el séptimo Congreso vuelven otra vez los higienistas a reunirse en París, no sólo para estudiar y admirar las obras de saneamiento llevadas a cabo en aquella admirable ciudad sino también para contemplar de cerca el renombrado Instituto Pasteur. Allí, en la misma fuente, quisieron beber las sabias enseñanzas del gran atleta de la ciencia e inmortal protector de la infancia, Luis Pasteur.

Este Congreso es uno de los más benéficos

para la salud pública; en él se trató sobre la enseñanza de la higiene en las escuelas, la manera de contrarrestar la rabia por medio de la vacunación protectora, la desinfección de las aguas, y también se iniciaron medidas contra el dolo y el engaño en ciertas materias llamadas medicinas secretas.

Dos años después le llega su turno a la venerable decana de la higiene, la inmensa Londres, para recibir a los más distinguidos higienistas, quienes llegaron allí a estudiar los muchísimos adelantos higiénicos implantados por Inglaterra en todas las capas sociales, para desde allí extenderlos al Continente.

En 1894 se dirigen los higienistas a discutir sus teorías e implantar nuevas leyes de protección a la humanidad, a la pintoresca Budapest, para estudiar las nuevas obras de saneamiento llevadas a cabo allí de acuerdo con la ciencia moderna. Allí, en la capital de Hungría, se oye por primera vez la voz de los zapadores de la seroterapia, von Behring y Roux, demostrando el éxito alcanzado en el tratamiento de la difteria

por medio del suero, dejando así sentadas las bases de un tratamiento científico en las enfermedades infecciosas.

En abril de 1898 abandonan los higienistas las regiones frías y nebulosas del Norte y buscan, bajo el cielo azul de la capital de nuestra Madre Patria, el punto para la reunión de otro Congreso, unido a una Exposición que en aquel entonces tuvo lugar en Madrid, para llevar así a aquel valiente pueblo alientos, a fin de que siguiera adelante con las obras emprendidas por sus modernos higienistas.

Dos años después los vemos reunirse otra vez en París, y el año de 1903 aparecen nuevamente en Congreso en la capital de Bélgica tratando, con el interés que el asunto requiere, la higiene de la alimentación, especialmente la manera de proporcionarle al niño una buena y adecuada leche para su débil aparato digestivo. También se discutió en aquel Congreso la identidad o no identidad del bacilo de la tuberculosis humana y el de la tuberculosis del ganado.

Después de cuatro años se sentía ya la

necesidad de otro nuevo Congreso de Higiene y Demografía que viniese a poner el *fiat* a los trabajos verificados desde el último Congreso de Bruselas, y era de justicia y cortesía que para ello se designara la capital de Alemania, por ser ésta una de las naciones que más ha contribuido al desarrollo de la higiene.

Ha tocado, pues, a Berlín reunir en su seno el congreso al cual han acudido mil higienistas y aficionados a esta clase de asuntos, en representación del mundo entero para tratar cuestiones de gran importancia para la salud pública, como las siguientes: *El ophtalmo diagnóstico de la fiebre tifoidea*, por Chantemesse, de París, *la predisposición y virulencia*, por Finkler, de Bonn, *las investigaciones comparativas acerca de la importancia de los órganos respiratorios y digestivos en la infección tuberculosa*, por Pfeiffer y Friedberger, de Koinigsberg, *la comprobación y diagnóstico diferencial de las bacillas tyficas por medio de la cultura en la malaquita verde*, por Loeffler, de Grenfewald, *el difundimiento de la fiebre tyfoidea por por-*

tadores de bacilos, por Rossel, de Giessen, los experimentos hasta hoy verificados con el suero de meningococo en la meningitis cerebro espinal, por Wasserman, de Berlín, las consideraciones aforísticas sobre varios importantes puntos prácticos y técnicos de la Desinfección, por Kolle, de Berna, la leche humana y la de vaca en la alimentación del niño, por Hueppe, de Praga y otros muchos más.

Igualmente se exhibieron muchísimos aparatos, libros, atlas, diseños, planos y máquinas, todo lo cual ha contribuído a que el éxito resultara más completo de lo que se esperaba.

Como se habrá observado en esta narración es ésta la primera vez que los higienistas internacionales se reúnen en suelo alemán, y por ello me han parecido muy gráficas las palabras pronunciadas por el señor Profesor Schwalbe en su discurso de bienvenida, dirigido a los congresistas. Entre otras cosas les dijo: «Tarde llegáis, pero al fin llegáis; sed bienvenidos, y trabajemos juntos en provecho de la cultura universal».

Satisfecha debe sentirse Alemania, y a la cabeza de ella su altruísta y augusta Soberana, bajo cuyo patrocinio ha tenido lugar el Congreso de Higiene y Demografía obteniendo gran éxito, que no debe admirarnos dado que Berlín es, sin duda alguna, una de las ciudades en donde con más esmero científico se cuida la higiene.

(De *La República*).

De Tranquilino Chacón

Semana Santa

El Beso de Bebé

Semana Santa

EN LA CÁTEDRA SEGLAR

LA historia no registra una figura más levantada en el terreno de la filosofía moral, que la de Jesús de Nazareth, porque aunque la de Sócrates, que le precedió cerca de seis siglos, brilla casi con igual fulgor en el cielo de la Grecia antigua, su doctrina, tan pura como la del Evangelio, no se extendió como ésta, con la rapidez de la luz, en el tiempo y en el espacio, produciendo esa revolución redentora que se encaminó directamente al triunfo del derecho mediante la aplicación de la más estricta justicia.

Sócrates hizo luz allá en el extremo del Mediterráneo, cerca del Oriente, donde se extienden los Santos Lugares, en medio de vergeles que recrean la vista, que levantan el espíritu, que mantienen perfumado el ambiente de tan diáfana naturaleza; y Cristo la hizo en Roma, en todas partes del mundo antiguo, con tal elocuencia, que ésta trascendió al través de los siglos, grabándose en la conciencia humana con caracteres indelebles, que no podrá borrar ni la destructora maza del tiempo.

La Iglesia se ha encargado especialmente de difundir las doctrinas evangélicas, y aunque en su mismo seno se ha pretendido adulterarlas con interpretaciones *sui géneris*, en el fondo se han conservado inalterables, puras como la fuente de donde emanaron, cumpliéndose así la sentencia de que no prevalecerán contra ella las puertas del infierno.

El Cristianismo, pues, ha promovido un gran progreso moral. El amor y la concordia entre los hombres y los pueblos tienen su fundamento—sólido como pedestal de

bruñido bronce—en el Evangelio, que predica la tolerancia y la caridad, en el sentido originario en que deben ser entendidas estas sublimes virtudes.

El autor de ese monumento eterno no podía quedar envuelto en las tinieblas del olvido; su obra, tan grandiosa, tenía que brillar siempre, y en cualquier forma que se concibiera, ya en el Tabor, reflejando un destello apenas de la divinidad, ya en el Calvario como ejemplo, el más sublime, de la abnegación que acepta hasta el martirio por redimir a la humanidad.

No en vano la Iglesia conmemora el sacrificio de Cristo, en esta época del año llamando a la meditación a todos los feligreses. Los hechos más salientes de aquella preciosa existencia se recuerdan y simbolizan para que perduren en la memoria y sirvan de enseñanza a la generación presente y a las que le sucedan.

Estos hechos debieran arraigar en el corazón humano, como el roble secular.

Cristo, haciendo luz en la conciencia de la Samaritana al pie de la fuente, hasta obli-

garla a apagar su sed no obstante su origen judaico. Cristo, convirtiendo a la Magdalena, quien con sus lágrimas de arrepentimiento humedecía sus cabellos de oro, con los cuales perfumaba los pies del humilde hijo de Nazareth. Cristo, lavando los pies a sus discípulos. Cristo, azotado por sostener la verdad: *Verbum Dei veritas est*. Cristo con la cruz a cuestas, diciendo a las mujeres que se afligían en presencia de sus angustias: NO LLORÉIS POR MÍ; LLORAD POR VOSOTRAS Y POR VUESTROS HIJOS. Cristo, ya en la cruz, a punto de impacientarse con la ingratitud de los hombres; pero, manso cordero hasta el fin, eleva sus ojos suplicantes al Padre Celestial y en su seno divino entrega su alma, consumando su obra redentora por excelencia.

Todo, todo forma el monumento del cristianismo que en la Semana Santa se conmemora.

Debemos prosternarnos ante ese monumento, rindiéndole culto a una religión que es fuente sacratísima de las mayores virtudes.

(De Páginas Ilustradas).

El beso de Bebé

Una majestad caída

(Cuento que parece anécdota)

CATALINA OPALINSKA fué una de las damas más virtuosas y bellas de su tiempo. Floreció a principios del siglo XVIII. Su fama resonó en todo el occidente de Europa que se extiende en las hermosas orillas del Rhin. Casi era una niña cuando, como un rayo de luz desprendido de brillante aurora, su presencia hirió las pupilas de Estanislao Leczinske, quien quedó deslumbrado desde ese momento.

¿Qué podía Estanislao hacer por aquella

beldad que de tal manera iluminaba su camino, brindándole las flores con que exornara el carro de una eterna luna de miel? ¡La hizo reina!

Catalina ocupó su trono con la propiedad de quien lo hubiera tenido por cuna.

Matrimonio feliz el de Estanislao y Catalina, que para colmo de prosperidad produjo a María Leczinska, elevada al trono de Francia, a la diestra de Luis XV. Digna hija de tal madre, María dejó en Francia una huella luminosa que aun no se ha extinguido en el cielo de la Historia.

¿Quién podría imaginar que la felicidad de aquel matrimonio no perduraría hasta su eterno reposo en el seno de la madre tierra? Veámoslo.

Nicolás Terry, conocido casi universalmente con el apodo de Bebé, era servidor de Estanislao. Su porte se distinguía por cierta arrogancia natural que inspiraba simpatías, aunque su estatura, que no era obesa como la de la mayor parte de los enanos, apenas alcanzaba a setenta centímetros. Ocupábasele en asuntos a veces íntimos entre

los reales cónyuges, y de allí que llegara a enamorarse de su reina, no ya con la delicadeza propia del amor puro, sino con la barbarie de la pasión brutal, que sin embargo disimulaba con refinada hipocresía. En ocasiones propicias, haciéndose el distraído, tocaba las manos y los pies de Catalina y posaba tenuemente sus labios en su rubia cabellera. Ella sonreía y una que otra vez reprendíalo con cierta dulzura. Ya no era servidor al parecer: era el súbdito más rendido a los pies de su soberana. Este teje maneje duró algún tiempo, hasta parecerle a Catalina hechos muy naturales de su *Bebé*, a quien iba cobrando afecto, exento de malicia, por supuesto. Ella frisaba en los treinta años. El en los diez y nueve. El esposo en los cincuenta.

Así las cosas, en una risueña mañana de primavera, Catalina salió en su carruaje real de paseo por los espléndidos campos de los Vosgos, acompañada de *Bebé* y su lacayo solamente. Prolongóse el paseo, pues a ello convidaba aquella perspectiva inmensa de la naturaleza, que cantaba todas sus

armonías. Acercándose al bosque, donde revoloteaban pájaros bellísimos que tenían allí, en la copa de los árboles, sus nidos de sedosas plumas, y Catalina quiso entrar a pie, guiada por su Bebé, en aquel sitio encantador.

Lo mismo que el meteoro forma del líquido elemento las figuras más regulares y atractivas, la mano invisible de un supremo artífice, que sólo se conoce por sus obras, había construído en el seno de aquel bosque, bañado por el Mosela, una glorieta, perfumada por silvestres flores e iluminada al través de sus enredaderas por los tenues rayos del sol de la mañana. En tal sitio entró a reposar Catalina, y a sus pies se sentó Bebé, en cuyo regazo hizo descansar la reina uno de sus pies, como si aquella base estuviese formada por su perrito de blanca lana. El enano no desprendió un momento sus ojos de aquel pie tan lindo, calzado apenas con chinela de piel de gamuza, cubriendo en pequeñísima parte una media tan diáfana que hacía resaltar la carne rosada de aquella pierna real, de escultura

griega... no pudo contenerse: arrebató el piesecito y, más que llevarlo, lo arrojó a sus labios, como una rosa lanzada a una hoguera!

Catalina pudo desprenderse de aquellas candentes tenazas y, al retirarse indignada, observó que Bebé se había puesto de rodillas en la actitud del más humilde de sus esclavos; pero lo que atrajo su perdón inmediato fué una lágrima que se desprendía de su mejilla como gota de rocío.

La reina recuperó su asiento y ordenó a Bebé, modulando la voz, que fuera a reunirse con el lacayo, con quien debía esperarla a la entrada del bosque; pero ¡Oh casualidad!, en ese momento cae un ramo del techo de la glorieta. La reina y Bebé se apresuran a recogerlo simultáneamente, chocan sus cabezas y los labios del enano se prenden de la boca de Catalina, y la besa y la besa, hasta que ella logra escapar.

Toma su carruaje y llega por fin a palacio, agitada hasta por el remordimiento, porque ella había autorizado con sus accio-

nes, al parecer inocentes, y, sobre todo, con su primer perdón, aquella escena terrible del beso del enano en su boca, hasta entonces sólo acariciada por su esposo, con toda la pureza del verdadero amor, de ese ideal amor que anida en corazones nobles, como el de Estanislao, compañero de su vida, que nunca se contaminó con feas pasiones.

—Se lo diré todo, y que caigan sobre mí mil castigos con tal que no su desprecio, que equivaldría a la muerte para mí, — y se encaminó al gabinete de Estanislao. Allí estaba, siempre con su mirada límpida y serena. Se levantó gallardo, como lo son en general los varones de Polonia, para recibir a su esposa que se acercaba.

— Oh, mi reina, comenzaba a inquietarme tu ausencia. ¿Te has divertido mucho?—Y acariciaba con sus dedos, ebúrneos como los de toda aristocrática mano, uno de los rizos de su cabellera, que brillaba a semejanza de cascada de oro discurriendo sobre un lecho de rosas.—¡Qué bella eres, *mi mujercita!*— Como solía llamarla en la intimidad.

— ¡Que si me he divertido! —y cayó anona-

dada en brazos de su consorte. Cuando se reanimó, contó a Estanislao todo lo sucedido, sin olvidar pormenor alguno.

—En rigor no eres culpable, Catalina, pero hay algo, en el fondo de todo eso, que da un resultado bien triste para mi corazón: paréceme que se ha empañado con aliento extraño mi cáliz, que era de finísimo cristal. Somos ambos muy desgraciados. Ojalá en lo que nos falta de vida puedan encontrarse de nuevo nuestras almas—o en otro plano donde la materia haya perdido su influjo—hoy tan bruscamente separadas por la fatalidad.

Catalina sintió esas palabras con un dolor sin igual; estaban dichas con sensible amargura, aunque envueltas en la más exquisita cortesía, característica en aquel caballero de tan alta alcurnia. Las tinieblas invadieron su espíritu. No quiso volver a subir las gradas de su trono de marfil y oro, y con su diadema desteñida, rindió su último tributo a la naturaleza varios años antes que el real esposo, a pesar de los muchos que éste le superaba en edad.

(De *Bohemia*, Habana).

De Euclides Chacón Méndez

El pisapapeles

Dr. Charles L. Jones

Dr. Jones

El pisapapeles

FRENTE a mí, sobre la mesa en que escribo, está un pisapapeles de forma curiosa y de un bronce fino, trabajado con suma delicadeza. Figura simbólica, llena de misterio. Algo que fué divinidad en extrañas leyendas de pueblos viejos, sabiduría infinita sepultada en arenosas soledades donde truena la furia del Simún. Exótica escultura, creación maravillosa de olvidadas generaciones que ocultaron para siempre el secreto de su grande inspiración. Singular monumento por el cual los sabios se desvelan en estudios incesantes, buscando las ignoradas relaciones de su aislamiento. Preciosa miniatura que inspira reflexiva aten-

ción. Es copia fiel de la célebre Esfinge de Gizeh.

¿Qué es la Esfinge? ¿Qué arcano encierra? Y por más que me quiebro la cabeza en profundas reflexiones, no acierto a comprender el motivo que movió a los egipcios a levantar tan extraña fábrica. Registrando viejos libracos, soterrados en los rincones de mi desordenada biblioteca, he pasado muchas noches en vela; y por más que busco, cambio tomos y tomos, sus páginas amarillentas nada dicen de la original Esfinge.

¿Fué regia habitación de poderoso soberano?

Quizá no, porque en los palacios de los reyes, grandes señores, dueños de inmensos tesoros que disfrutaban de todos los placeres de una vida sibarita, podría abrigarse el orgullo y la magnificencia de la soberanía, hija del Sol, mas no en los contornos severos de un cuerpo de fiera sanguinaria y el exótico tocado de una cabeza de mujer.

Las glorias de los antiguos fueron esen-

cialmente militares; la sed de conquista les hacía mover guerra a otros países y con ella la destrucción, la muerte. Todo era arrasado a su paso por el sólo derecho de la fuerza. Ciudades enteras caían bajo el golpe despiadado de la barbarie y reducíanse a la esclavitud multitudes indefensas.

El deseo del botín les endurecía el corazón!

Del mármol surgía luego, cincelada por maravillosos obreros, la estatua de la Victoria; testigo mudo que lleva al través de los años el recuerdo de pasadas épocas de esplendor. Estas esculturas, hoy semide-ruidas por el rigor de los siglos, se muestran todavía como históricos mensajes a las nuevas generaciones, y son arca rica en memorias, en lecciones, en leyendas, pero que, silenciosa, guarda avara el tesoro de su historia...

¿Podía, entonces, el original monumento ser representación de una gloria finida? Los extraños detalles de tan singular arquitectura no arrojan luz ninguna para sentar convencimiento de que fuera el capricho

artístico de excelsos trabajadores del cincel el que perpetuara, en el cuerpo brutal, los triunfos de la Patria!

La Esfinge encierra algo más que los lauros del triunfo y las grandezas horribles de la guerra; encierra profundas revelaciones de un pasado esplendoroso, pleno de enseñanzas, de santas creencias, de hondas filosofías.

Las supersticiones mitológicas la suponen divinidad vengadora que propone enigmas, y esto tiene hoy no poca certeza: Ella propone al mundo el enigma de la vida!

(Envío del Autor).

De Sisímaco Chavarría

Los bueyes viejos

Al Odio

¡Aquella tarde!

THE UNIVERSITY OF CHICAGO
LIBRARY

THE UNIVERSITY OF CHICAGO
LIBRARY
1215 EAST 58TH STREET
CHICAGO, ILL. 60637
TEL. 733-4331
TELETYPE 733-4331
FAX 733-4331
INTERNET WWW.CHICAGO.EDU

THE UNIVERSITY OF CHICAGO
LIBRARY
1215 EAST 58TH STREET
CHICAGO, ILL. 60637
TEL. 733-4331
TELETYPE 733-4331
FAX 733-4331
INTERNET WWW.CHICAGO.EDU

THE UNIVERSITY OF CHICAGO
LIBRARY
1215 EAST 58TH STREET
CHICAGO, ILL. 60637
TEL. 733-4331
TELETYPE 733-4331
FAX 733-4331
INTERNET WWW.CHICAGO.EDU

THE UNIVERSITY OF CHICAGO
LIBRARY
1215 EAST 58TH STREET
CHICAGO, ILL. 60637
TEL. 733-4331
TELETYPE 733-4331
FAX 733-4331
INTERNET WWW.CHICAGO.EDU

Los bueyes viejos

A MANUEL MAGALLANES MOURE

Es de tarde...
allá, sobre la cúspide del monte,
hay una fiesta de matices.

Arde
el sol, y, el horizonte,
a modo de encorvado mastodonte,
bajo el eterno y azulino domo,
parece que a lo lejos,
bañado de una lluvia de reflejos,
lleva árboles y riscos sobre el lomo.

Con tintes de naranja y de carmines,
las nubes pasan cual leones sueltos,
como corceles de nevadas crines,

cual mármoles esbeltos
que van en procesión a los confines.

Es la última faena,
les dice el labrador con sentimiento:
mañana, al fin, terminará la pena
que os llena de profundo abatimiento;
sois viejos, ya los años, bueyes míos,
os han tornado inútiles, causados,
por eso vais tardíos
al valle donde extendo mis sembrados;
el tiempo, la pujanza de otros días
os quitó con sus bravas osadías...

Es la última jornada, ya la muerte,
descanso postrimero
de todo lo que sufre y lo que llora,
mañana os librerá de aquesa suerte
allá en el matadero:
cuando principie a despuntar la aurora
compraréis el alivio de esas penas
con el tibio rubí de vuestras venas.

Y aquellos bueyes viejos,
cansados, impotentes por vetustos,
miraron allá, lejos,
los últimos reflejos
prendidos en la cumbre de la sierra;
evocaron sus ímpetus robustos
de ya difuntos años

y vieron con extraños
ojos el seno púber de la tierra,
que convierte la carne y los dolores
en perfumadas y rojizas flores.

Los dos atletas dóciles, sombríos,
que de la aurora las primeras luces
miraron, cuando araban
en pos del montañés, en los plantíos,
inclinaron humildes los testuces;
dijérare lloraban
con los ojos insomnes, siempre fijos,
mirando, no distantes, los cortijos
ornados con ubérrimas labores
en la extensión feraz de la pradera,
en donde de aquel rústico, los hijos
al lado de su madre placentera,
hallaron a los fuertes labradores
humedeciendo el campo con sudores...

Dijérase lloraban consternados,
los bueyes fatigados,
al mirar por la vez última la amada
plantación acullá, sobre los prados,
enviándole un adiós con la mirada
a la hora en que la tarde sombras viste,
¡Adiós lleno de angustia, adiós muy triste

Las estrellas — clemátides de fuego —
el río murmurando en la montaña

monótono estribillo,
la dulzaina y el canto del labriego,
el trajín de la plácida cabaña,
el pífano del grillo
vibrando en la espadaña,
y el viento que retoza en la llanura,
convergen al concierto de natura.

El toro ensaya su mugido bronco,
obedeciendo a las eternas leyes
de aqueso movimiento
que impele y rige las astrales greyes
y el piélagos encrespado, siempre ronco;
y la cuadriga armónica del viento
va chafando en su marcha los magueyes
mientras rumian, echados cabe un tronco,
los dos amigos bueyes,
amigos compañeros
que supieron partirse la pitanza,
el dulce pienso del cañal vecino
y todas las fatigas del camino.

Hay un sordo rumor en la arboleda
que anuncia algo muy serio:
es el terral, atronador y fuerte,
que a su paso, colérico, remeda
las iras impotentes del dicterio,
las burdas carcajadas de la muerte;
es algo triste y grave
que vibra, se retuerce y se encarama

del árbol en la rama,
donde ha pulsado su laúd el ave,
que hechiza con su cántico sentido
cabe el alcázar de su muelle nido,
a dúo con su tierna compañera
que tiene los dulzores de la piña
cuando con ansias en la fronda espera
la vuelta de su amante a la campiña.

Se llena el aire de negror y espanto
y hay lóbregos barruntos
de recia tempestad en los pensiles,
los montes y hondonadas; entre tanto,
mustios siempre, callados, siempre juntos
aquellos dos corníferos seniles
rumian... rumian... y rumian a deshora
esperando la vuelta de la aurora,
la reina iridiscente de las flores
que roza con su traje las espigas,
al romper en los campos sus fatigas
los gañanes—¡valientes luchadores!—

Los dos bueyes presienten el insano
final de su existencia...

Conocen los ardores del verano,
del invierno la frígida inclemencia;
son eunucos, son parias del tormento
y esclavos del dolor y la fatiga
sin descanso, sin tregua.

Su aislamiento

a rudas pesadumbres los obliga,
los llena de perenne abatimiento;
por eso en sus pupilas, siempre abiertas,
llevan el duelo de las cosas muertas!

Allá, sobre la cumbre,
brillante pincelada de naranja,
magnífica explosión de suave lumbré,
anuncia la llegada de la aurora.

Despiértase la granja
y al ensancharse la soberbia franja,
así como un despliegue de sendales,
el valle se colora
y un himno de palomas y turpiales
resuena en las montañas;
se esmalta de carmín el dulce grumo,
flamean las banderas de las cañas
y en grandes espirales sube el humo
del rústico fogón de las cabañas;
aléjase por fin la noche negra
y al beso matinal todo se alegra.

Un lúgubre mugido es el saludo
que aquellos dos invictos del trabajo
le dirigen al rústico sañudo,
quien llega para atarlos
y conducirlos ¡ay! al matadero;
y el burdo montañés, al contemplarlos,
siente pesar que a su ánima tortura,

así como un arpón, terrible y fiero,
que dejase en su espíritu amargura.

Las noches dilatadas del proscrito,
nostálgico y enfermo,
el silencio eternal del infinito
y el desamparo del estéril yermo,
no tuvieron la insólita cansera
de aquellos dos rumiantes, siempre nobles,
al tornar la mirada a la pradera
donde quedaban los amigos robles,
y aquella fresca moza
que les mandó un adiós desde la choza!

Al perderse, siguiendo al campesino,
allá, desde la sierra,
en el último trecho del camino
donde se junta el cielo con la tierra,
contemplaron el valle de labranza
cuajado de maizales,
de piñas, de cafetos y racimos
en que funda el labriego su esperanza
que traducen en canto los zorzales
posados en los dátiles opimos.

Silenciosos bajaron el sendero,
y, al discurrir, las florecillas blancas,
como arrojadas por ocultas manos,
rebotaban encima de las ancas
de aquellos dos cuadrúpedos ancianos;

era a modo de un último agasajo
del árbol a los héroes del trabajo;
las aves que los vieron siempre uncidos,
triunfando de fatigas,
les rindieron también dulces cantigas
y allá, desde la quiebra de la hondura,
en su arpa de cristal rimó la fuente
un canto de amargura
muy flébil... muy sentido... muy doliente!
Y después de salvar el precipicio,
velado por montañas,
llegaron al teatro del suplicio
y un hombre sin entrañas,
de miradas muy ásperas y foscas,
introdujo la yunta al edificio,
hogar de hambrientos cárabos y moscas...

Insensible, sañudo y altanero,
el verdugo fatal del matadero
maniata un buey de aquellos y lo tumba
con tal atrevimiento,
que al golpe del cornígero retumba
y tiembla el pavimento;
el manso buey aviva la pupila
en busca del por qué de aquel tormento,
y ondulan en el aire sus bramidos
suplicantes, a modo de quejidos.

Mientras el rudo matador afila
el bárbaro puñal que centellea,

bañado por el sol de la mañana,
temblando, la otra víctima olfatea
la sangre que gotea
del gancho de metal de una romana...

Intérnale la daga aquel verdugo
al rey de las faenas maniatado,
y espónjase la herida
y retiembla aquel hércules del yugo,
atleta del trapiche y del arado,
y saltan de su arteria enrojecida,
dos chorros carmecies
que brillan como líquidos rubies;
sus ojos languidecen
despidiendo fulgencias opalinas,
y agoniza... sus carnes se estremecen
y hay quejas de dolor en sus retinas!

Aquellos dos amigos de faenas,
amigos en las luchas y la suerte,
amigos en las hambres y las penas,
el descanso le compran a la muerte
con la sangre viviente de sus venas!

Las fatigas, la sed y los calores,
y los fríos terribles, siempre huraños,
unidos bajo el yugo, en los alcores,
los vieron al correr de luengos años;
por eso en sus pupilas, siempre abiertas,
llevaron tintes de las cosas muertas!

(De su libro *Desde los Andes*).

Al Odio

No dejes, Odio, de torcer la rueda
en que hilas afanoso tus venganzas,
espero sin temor tus asechanzas
y el golpe aleve de tu mano seca.

Los alaridos de tu voz enteca
y las injurias que a mi paso lanzas,
no lograrán que niegue las pitanzas
que te da mi desprecio al ver tu mueca.

Alzaste contra mí tu débil mano
y tu agudo puñal en mis entrañas
hundir a muerte pretendiste en vano...

Con el cieno que arrojas no me dañás,
pues reptiles que habitan el pantano
no pueden ascender a las montañas.

(De su libro *Orquídeas*).

¡Aquella tarde!

Te dije mis anhelos y tus ojos
me hablaron de las sombras del abismo,
en tu faz florecieron lises rojos
y mi alma altiva te adoró de hinojos,
en tanto que alargabas tu mutismo.

¡Qué hermosa tarde aquella!...—Los poetas,
exclamaste al través de una sonrisa,
descubren las nostalgias más secretas
y saben lo que dicen las violetas...
¿No has comprendido mi alma de Eloísa?

Me hablaste de tu amor—hecho universo—
y brillaron, cual soles, tus pupilas;
la negra mariposa de mi verso
buscó el geranio de tu labio terso
y aquella tarde deshojó sus lilas.

¿Fué acaso el dulce discurrir de un sueño
aquel minuto de placer y calma?
Sólo sé que bebí de tu beleño
y durante el sopor del grato ensueño
brilló una estrella en el azul de mi alma.

(De su libro *Desde los Andes*).

De Virgilio Chaverri

Viajero que se despide

Una de las madonas del Ticiano

The Virgilio Chapter

Viajero que se despide

Aniversario

Para EFRAÍN CHAVERRI

ESTABA flaco, cadavérico; la enfermedad lo iba minando aceleradamente, y sus ojos, hundidos en las cuencas, comprendíanlo todo; sabía que le quedaban apenas unos pocos meses, unas semanas, quién sabe si solamente cortos días, y su conversar era franca revelación de su cercana muerte, disimulada con empeño por el tono esforzado de firmeza que ponía en la voz. Era un rebelde que, sin miedo a la muerte, amaba demasiado la vida para quererse

morir. Quien le miraba le sonreía y las sonrisas y caricias que le prodigaban eran para él muecas de lástima de los que viven salud y bienestar: eran pura lástima..., él no quería esa lástima.

Y me decía en las noches de invierno, cuando me detenían a su vera la lluvia interminable y la semiobscuridad del pueblo natal, lóbrego y desierto: si Dios lo hubiese querido ya sabría tocar el violín, como Raúl, y pronto sería bachiller; yo te aseguro que nadie habría sacado más dulzuras de aquellas cuerdas, ni mejores calificaciones en el Instituto. Saldría de paseo con mis condiscípulos y andaría con ellos las fincas vecinas comiendo caña y mangos y... piñas de aquellas de Itiquís. ¡Qué bañadas más ricas, qué comidas de caramelo en los trapiches! Mira, y bajando la voz, y atrayéndome suavemente, nos habríamos robado a estas horas todos los rábanos de la huerta de ñor Corella. Y crees que Enrique sería el novio de Julia? Piensas que me habría cambiado tan así no más? Ahora es él quien jala con ella, pero, qué gracia. ¡Y

qué Julia más ingrata! Una vez en un paseo, a las orillas de un río, nos separamos del grupo disimuladamente, y sentados en el zacate, a la sombra de un higuérón frondoso, le dije tantas cosas, fuí tan sincero con ella, le confesé la alegría de mi alma, tan intensa, que llegué a sospechar que ella me amaba locamente. Fuí tan ingenuo que sus ojos y sus labios temblaron amorosamente diciéndome que sí, que sólo a mí amaría en su vida; y me dijo, ¡qué mala!, que yo sería su Príncipe Azul. Virgilio, ves lo que son las mujeres? Ayer tarde, desde mi silla, la ví venir de un paseo. Tú crees que ella quiera muchísimo a Enrique? Qué ingrata, qué Julia tan rara... cambiarme... Y, sentado en su poltrona de incurable, avivaba el fuego de su hoguera interior y sus muertas ilusiones salían en tropel de sus labios secos y amoratados; sus mejillas recobraban momentánea coloración que a mí me parecía engañosa burla de un corazón sin prestigios ya de órgano propulzor. De lo azul misterioso de sus pupilas brotaban ráfagas, con destellos de cobre fundido, con mucha, po-

brecito, con muchísima esperanza escondida en ellas. Aquella figura larga, enflaquecida y encorvada, hablando de las cosas de esta vida, metía en mi alma un dolor amargo que a ratos subía y subía hasta apretarme la garganta con angustiosa desesperación, y, a qué negarlo, un miedo frío y cauteloso me sobrecogía y mi cabeza, con disimulo, miraba hacia los oscuros rincones de la estancia. Aquellas lúgubres veladas, llenas de pesar y de miedo, yo me las imaginaba cosa de ultratumba.

Pasaron algunos días, se fijaron más en mí las ambiciones de aventura por otros países; fácil me fué el caminar y hube de prepararme para dejar hogar y patria, ternezas perennes de muchos ojos dulces y sabroso anhelo y hondas inquietudes que mi tierra diariamente me inspiraba.

Y dijo al despedirme: «Oye, tú sabes que todo lo presiento, tú sabes que mi mente vive fija en el cementerio, en donde dentro de muy poco iré a dormir eternamente.

Recuerda. Hay una fosa en nuestra tumba

de familia que está vacía: aquella a ras de suelo, de boca negra y húmeda; esa va a ser la mía, no lo olvides. Cuando muchos aguaceros me hallan caído allí; cuando el frío de multitud de noches heladas tenga yertos mis despojos; cuando mi memoria comience a olvidarse y ya la resignación haya puesto su velo sobre el corazón de los míos; entonces; cuando vuelvas a la patria, lleno de laureles, cargado con los triunfos de tu vida de luchador; cuando tu llegada sea una fiesta y la risa brote fresca de los labios de tus hermanas, de tus amigos, de todos; entonces, recoge tu alma, siquiera un instante, y evoca mi recuerdo; piensa cuán alegre estaría tu hermano festejándote; recuerda que mi fosa está a ras de suelo, ya sin boca negra y húmeda, que ya estoy dentro, y llora, una lágrima siquiera, por tu difunto hermano. No lo olvides, evoca mi recuerdo y llora; ese llanto refrescará mis huesos y será la copa que brinde a tu salud por tus laureles y tus triunfos».

Nos separamos: él, camino de las sombras, con resuelto y temerario paso hacia lo

eterno; yo, camino del ensueño, hacia la tierra del oro, con paso frágil e inseguro.

Pocos días después moría con estoica indiferencia, soñando en su agonía con el brindis de mis lágrimas amargas.

(De *La Tarde*).

Una de las Madonas del Ticiano

TENÍA una sonrisa perennemente desdñosa, y jamás pude hacer salir de aquella boca otra expresión que no fuese la de su eterno desprecio por todo y su glacial indiferencia que mostraba hasta por una boquita de niño graciosamente contraída en sonrisa candorosa. Su vida íntima parecía satisfacerla del todo y cuando sus labios parecían inalterables, sus ojos reflejaban un deleite y una fruición tan singulares como si soñara con flores, con alas de ilusión o con estrellas. A veces parecía una de las Madonas del Ticiano, incommovible, dulce,

desdeñosamente adorable, y su vida seguía el curso de un agua clara y sosegada que se deslizara, a flor de tierra, a través de la verde campiña.

Fuí su amigo desde aquella tarde,—avioletada y mansa tarde que bendigo,—en que, después de larguísima jornada por negras montañas, hube de llegarme a su casita, que más parecía paloma torcaz empollando sus huevos en uno de los huecos de árida llanura, que hogar de noble y honrada gente. Al llegarme a la tranquera, un mozo, sano y vivaracho, apresuradamente vino a abrirme y con natural cortesía instóme a entrar, pues ya me esperaban, sabia experiencia y rústico candor, el señor de la casa y su hija Margarita. Me esperaban con ansiedad, temiendo quizá que algún percance grave hubiésemme perjudicado en la tan dura travesía, y, cuando desmonté, me acogieron caliente mano de labriego que estrechó la mía, trasmitiéndole confortable sensación, y otra larga, menudita y fría, mano ducal que yo apreté sabrosamente con una complacencia singular.

El mismo techo abrigónos largos días; recorriámos los valles y colinas, la montaña espesa y la pradera fértil, la hondonada lúgubre y las abruptas peñas por senderos, casi destañidos de poco transitados, y siempre quiso acompañarnos en estas excursiones. Se mantenía callada, indiferente, yo diría que triste; pero a medida que las pláticas, las audaces pláticas mías, se le metían por los oídos, iba dejando aquella su habitual frialdad de hielo; la esfinge estaba al hablar y todos los secretos romperían sus cadenas huyendo a las solitarias regiones del Señor. En las horas de la tarde dábamos cortos paseos, apenas alumbrados por la moribunda luz vespertina y, en pocos días, se había obrado extraña cuanto deliciosa transformación. Aquella sonrisa se había borrado casi del todo: su glacial indiferencia se había fugado, como por misterioso imperio: algún diablillo se había metido en su alma, desencadenando, con audaz travesura, todos sus secretos. La que parecía una de las Madonas del Ticiano, incommovible, dulce y desdeñosamente ado-

nable, ahora, en sus ratos silenciosos, por lo intenso de su respiración y lo notable del suave ondular de sus senos, inquietos y movibles al influjo de quién sabe que internas sensaciones, sólo podía compararse a una de las vírgenes de Sión que, solapadamente, amaba y se hacía amar, en el misterio de las sombras, de algún joven israelita descarriado.

Y pasó lo de siempre... Y fué mi regreso inevitable. El día de mi partida se ocultó a mis ojos para evitar que me impusiera de su pena, y sólo encontré en la mesita de noche, donde tenía mis valijas preparadas, un ramillete de violetas, triste, mustio, casi marchito, que amorosamente recogí.

.

No supe nunca más de Margarita, nadie volvió a hablarme de aquella rústica flor de la montaña cuyo secreto desvelé, pero yo sí sé que ha vuelto a ser la eterna y glacial indiferente, desdeñosa, muda y triste, como una de las Madonas del Ticiano.

(Envío del Autor).

De Estrada Rafael

Vi que la luna salía...

Of Capital Punishment

Ví que la luna salía...

A LAS SEÑORITAS CABALLERO

Ví que la luna salía
y me puse a recordar;
y el oleaje de poesía
me dió tal melancolía
que casi rompo a llorar

Algo grave y tenebroso
me inspira la evocación;
el instante de reposo
me deja a veces celoso
de mi amante, la ilusión.

Motivos de desvarío,
de recuerdo y de sentir,
me dan un escalofrío;

yo la tormenta desvíó
y me embriago de reir;

y pasado aquel momento
revive el fuego en mi ser,
y, en la paz de mi aposento,
sollozo de sentimiento
y recuerdo sin querer...

Y el recuerdo me tortura
pues veo la realidad:
ante la penumbra oscura
casi muero de ternura,
sediento de inmensidad.

Por eso, mejor desisto.
Mi conciencia, en mi interior,
me ha hecho su propio Cristo;
y el sabor de lo imprevisto
me parece buen sabor.

Motivos de desvarío,
de recuerdo y de sentir,
me dan un escalofrío;
yo mi locura deslío
en las dichas del vivir.



Un verso quiso la niña
que me vió sentimental,
sin saber que en mi campiña
sólo crece ardiente viña
que da este vino fatal.

A una niña se le ofrenda
un soneto, un madrigal,
en secreto y sin enmienda,
que en el arrebato encienda
su espíritu angelical;

y yo, por galantería,
la complazco, y hago mal;
en un rato de alegría
me enseñó en la noche umbría
los celajes y el cristal...

Vi que la luna salía
y me puse a recordar,
y el oleaje de poesía
me dió tal melancolía
que casi rompo a llorar;

y pasado aquel momento
revivió el fuego en mi ser,
y en la paz de mi aposento
sollocé de sentimiento
y recordé sin querer...

Y aquí va mi alma, sencilla,
ingenua, y mi corazón.
Si es sencilla la quintilla
yo doblaré mi rodilla
para pedirles perdón.

(De *Sparti*).

De Juana f. Ferraz v. de Salazar

Mensaje a mi Patria

A Lisímaco

De Juana y Garcia de Salazar

Alonso de Salazar y

Garcia de Salazar

Mensaje a mi Patria ⁽¹⁾

Reouerdo a mi nieta ANGÉLICA

Auras ligeras,
Céfiro blando
que vais cruzando
por la extensión.
No tan fugaces
corráis veloces,
oid mis voces
por compasión.

(1) Doña Juana era canaria, de Santa Cruz de la Palma, Hermana de nuestro muy amado don Valeriano y del inolvidable y sabio don Juan.

Vino a Costa Rica desde abril de 1872 y murió en Alajuela en 1918. Sus 46 años de vida en este suelo la hicieron gloria nuestra y, sobre todo, nos dejó su virtud y su inteligencia personificadas en doña Adoración, su hija.

Las inquietudes literarias de doña Juana concentráronse en una intensa novela sociológica que publicó en 1913, con el título «El Espíritu del Río».

Dejad la Esfera,
surcad los mares;
allá a mis lares
llevad memoria
de la que ausente
del patrio suelo
gime en el duelo
de triste historia.

Del océano
surgen lozanas
las siete hermanas
en gentileza,
en otro tiempo
denominadas
«Afortunadas»
por su belleza.

Veréis sus mares
crespas y blondas,
miraje de ondas
de cabellera,
cuando, tranquila,
la fresca brisa
apenas riza
su faz ligera.

Veréis del Teide
la enhiesta cima,
que se aproxima
al firmamento,
y de su cráter
ígneos raudales

que en espirales
eleva el viento.

Volad al Norte;
id a la Palma,
Patria del alma
que no olvidé.
Surcad su playa,
de olas orlada,
que siempre amada,
recordaré.

Subid al pueblo
llamado Maso,
que eterno lazo
me liga a él.
Del Lomo-Blanco,
de la Crucita
guardo bendita
memoria fiel.

Id a su campo,
su Campo Santo,
llevad mi llanto
junto a la cruz,
a cuya sombra,
suave, reposa
la flor preciosa
que fué mi luz.

Id a Quintero,
al valle umbrío,
do a su albedrío
el mirlo trina.

Id un instante
junto a la fuente,
clara corriente
de agua divina.

Ved la torcaz
sobre la loma,
grácil paloma
de aquel Edén.
Ved cuán ansioso
su fiel amado
apresurado
llega también.

Alzan el vuelo
al verde loro (1)
do su tesoro
han escondido.
Entre frondosa
rama ondulante,
el nido amante
yace prendido.

Bajad a Oriente,
al caserío
cuna del mío
errátil ser.
Saltad la valla
de aquel recinto
do yace extinto

(1) Loro, árbol silvestre de las Canarias.

lo que fué ayer.
Traedme flores
de la arboleda
que surge leda
cabe los muertos;
y haced con ellas
tenues cendales
a mis mortales
despojos yertos.

(Envío de Elias Salazar).

A Sisímaco

Brillaste cual un astro refulgente,
que irradió rutilante en noche oscura;
del numen fuiste amado con ternura
y el laurel coronó tu joven frente.

Misterioso destino, de repente,
de tu lira esquivando la hermosura,
a tus plantas abrió una sepultura
y en ella te dormiste eternamente.

Mas, ¡oh, vate! tu estro laureado,
destruir no podrán hados adversos;
en el bosque, en el valle, en el collado,

resuenan por doquier ecos diversos,
modulando en concierto alborozado:
«El Poeta no ha muerto; está en sus versos».

(De *La Información*).

De León Fernández

La Chirracá

De Wetten

De Wetten van de Staten-Generaal
van de Nederlanden, van 1795 tot 1813.
In twee delen. Het eerste deel
bevat de Wetten van 1795 tot 1806.
Het tweede deel bevat de Wetten
van 1806 tot 1813.

De Wetten van de Staten-Generaal
van de Nederlanden, van 1795 tot 1813.
In twee delen. Het eerste deel
bevat de Wetten van 1795 tot 1806.
Het tweede deel bevat de Wetten
van 1806 tot 1813.

De Wetten van de Staten-Generaal
van de Nederlanden, van 1795 tot 1813.
In twee delen. Het eerste deel
bevat de Wetten van 1795 tot 1806.
Het tweede deel bevat de Wetten
van 1806 tot 1813.

De Wetten van de Staten-Generaal
van de Nederlanden, van 1795 tot 1813.
In twee delen. Het eerste deel
bevat de Wetten van 1795 tot 1806.
Het tweede deel bevat de Wetten
van 1806 tot 1813.

La Chirraca

SUPONED, lectores míos, que esta palabra no se halla en diccionario alguno de la lengua, lo cual es en verdad una lástima porque la *chirraca* es cosa buena entre las buenas. Suponed también que es un árbol indígena, cuya corteza, que lleva el mismo nombre, contiene una resina olorosa que hace las veces del incienso y la mirra. Suponed por último—y esto es algo más que suposición, es la verdad—que yo nada sé de botánica sino es la parte gastronómica y culinaria, y que, con tal que sean sabrosas las frutas y legumbres que me he de comer, me importa un comino la familia a que pertenecen; es decir, que con la botánica me

sucede lo que a ciertos empleados con su destino, que de él no saben más que el sueldo que reciben.

Por esto es que no puedo daros una descripción científica de aquel interesante árbol, ni siquiera deciros la familia a que pertenece; y lo siento en el alma porque así podría haberos citado a Linneo o a Jussieu. Tampoco puedo daros el análisis químico de su corteza y resina porque no lo sé, y tengo que privarme también del placer de citaros a Thénard, Lavoiser, Gay-Lussac y Girardin; pero al menos veréis que si soy ignorante en botánica y en química, no lo soy tanto en citar autores, que es hoy día el resumen de todas las ciencias, porque es claro que el que sabe citar oportunamente a los autores también ha de saber lo que ellos han escrito; y si os queda algún género de duda juzgadlo por mí mismo.

Y así, el que sabe decir meningitis, hepatitis, gastro-enteritis y citar a Hipócrates y a Galeno, por precisión ha de ser buen médico; el que sabe decir vena cava, arteria yugular, aorta y cita a Cruveilhier, Sapey

y Jamain, debe ser un excelente anatómico: el que logra acomodar un paracentesis, un toracentesis y trae en apoyo a Vidal de Cassis y Nelatón, es fuerza que sea un portento en la cirugía; el que aprende a decir *habeas corpus, jus in re, ad effectum videndi* y a citar a Baldo, Bártolo o Cujacio, es sin duda un consumado juris-perito. Y así de lo demás, porque habéis de saber que en este siglo de la electricidad y del vapor, las ciencias se han compendiado y se aprenden con igual velocidad, pues que nuestra inteligencia no es como la de aquellos tiempos de barbarie e ignorancia. Entonces se caminaba en pesados carretones y ahora se marcha en veloces ferrocarriles, participando nuestro espíritu del rápido movimiento de nuestro cuerpo.

La clave de todas las ciencias está en saber unos cuantos términos, bien raros si es posible, y de origen griego, para impresionar a los profanos, y en citar autores, aunque jamás hayan existido, que entonces tiene uno la excusa de decir que es un manuscrito encontrado recientemente en las rui-

nas de Herculano o de Pompeya y publicado por la Universidad de Bolonia o cualquiera otra; o que es un precioso libro salvado, por milagro, del incendio de Alejandría; o en fin, se da cualquier otro pretexto, que lo demás Dios y la habilidad lo remediarán.

Pero no divaguemos, que éste no es documento diplomático, ni memoria presentada al Congreso, ni discusión de la misma en el mismo, ni presupuesto, ni... nada que se le parezca. Volvamos a la odorífera *chirracá*, que a fe mía la había olvidado.

Con todo lo dicho, apostarí a yo que mis lectores han quedado como antes, sin saber lo que es *chirracá* y cavilando a qué viene la introducción a nuestra lengua de esta nueva palabra, tomada del diccionario de los indios de Pacaca que, sea dicho por incidencia, tienen monopolizado este raro producto de nuestro suelo. Pero hay más todavía, y es que de la voz *chirracá*, que de corteza se convierte en raíz, gramatical y no botánicamente hablando, se derivan las siguientes: *chirraquista*, *chirracal*, *chirraquear* y *chirraqueo*, que con perdón de la

Real Academia Española y con riesgo de ofender el delicado oído de algún purista y rancio filólogo, voy a tratar de definir.

CHIRRAQUISTA.—No dudo que aquellas personas por cuyas venas no corre la sangre de los Panza, crean que *chirraquista* se llama al que se ocupa en la extracción y preparación de la *chirraca* y que en su imaginación se figuren ver a un indio con su saco a la espalda, pregonando por las calles su monótono «*¿Compran chirraca?*» Pues nada de eso, el *chirraquista* de que ahora nos ocupamos, ni extrae *chirraca*, ni la prepara, ni es indio, ni pregon, ni carga saco, al menos a la espalda, que cuando lo suele llevar es por delante y pendiente de aquel lugar del cuerpo de donde se cuelga a los que van a ser ahorcados, que los puristas llaman cuello y nosotros los bárbaros llamamos pescuezo, sin que por eso dejemos de entendernos. Pero he vuelto a divagar.

Chirraquista, pues, es la persona aficionada a la *chirraca*, con la cual tiene tan íntima afinidad como la *chirraca* con el incensario, como el incensario con los

empleos, como los empleos con el tesoro público, como el tesoro público con las contribuciones, como las contribuciones con nuestros bolsillos, como nuestros bolsillos con nuestras sempiternas habladurías. La definición es algo química, pero podéis pasáros sin ella, porque os voy a describir al *chirraquista* y vosotros mismos daréis de él la definición que más os plazca, que yo confieso mi impotencia.

Figuraos a un sujeto lleno de carnes—porque todo *chirraquista* es gordo sin excepción—, que transpira satisfacción por todos los poros del cuerpo, querido de la generalidad, ocupando un destino lucrativo—accesorio indispensable de la profesión—, con libre acceso a todas partes y a toda hora, que si despliega los labios es para verter un torrente de alabanzas, que si escribe son apologías o panegíricos, sin opinión fija sobre cosa alguna, que alaba simultáneamente las cosas más contradictorias, que es apéndice de todo gobierno, que en política cambia de colores como un camaleón, que mira a los demás con ojos de protección y

cuyo principal argumento consiste en mostrar la obesidad de su cuerpo y sonar sus bolsillos, tan obesos como aquél, pero menos todavía que su inteligencia. Hombre de gran tino para colocarse debajo del árbol que da más sombra; hábil marino que en las borrascas políticas sabe asirse del bajel más seguro, que es siempre el que conduce al partido victorioso; nave que la tempestad jamás hace zozobrar; robusto árbol que el huracán no mece; dura roca que resiste la furia de los mares; cometa, visible solamente en los días de triunfo y de placer, y que desaparece en las horas de prueba y de amargura; vampiro que bate suavemente sus alas para adormecer la víctima a quien va a extraer la sangre y con ella la vida...; pero basta de metáforas. Pues bien, ese hombre no se llama vil adulator, ni corrompido cortesano, ni venal palaciego, pues que no tenemos ni corte, ni cortesanos, ni palacios ni palaciegos; en nuestro bárbaro lenguaje de por acá se llama, pura y simplemente, un *chirraquista*.

Si lo habéis entendido, me alegro; y si no,

peor para vosotros los que tenéis ojos y no véis, los que tenéis oídos y no oís.

CHIRRACAL.—Lo que es de *chirraca* o pertenece a ella. Aunque dicen que lo definido no debe entrar en la definición, y entonces la de *chirraca* estaría mala, voy a explicarme con ejemplos y no con parábolas.

Si yo escribo un artículo laudatorio sobre cualquier objeto, tal vez con el desinteresado fin de proporcionarme un buen destino o una alta posición, y movido de las mejores intenciones (de adquirirlo) y de la más profunda convicción (de que lo obtendré), mella ma esta deslenguada gente *escritor chirracal*.

Si aparece un nuevo periódico, y, en vez de advertirle sus defectos para que se corrija, le hago un pomposo saludo en prosa o en verso, o en prosa y verso, o en verso de prosa, o en prosa de verso, o en todo juntamente, al punto grita esta mal intencionada gente: *¡Saludo chirracal!*

Si un camino nacional debiera ir por tal rumbo—y en esto de rumbos ya tenemos bastantes, a Dios gracias, hasta para derribarnos—, pero el ingeniero, valiéndose

de su ingenio, u otro, que aunque no sea ingeniero es ingenioso, declara que debe ir por tal otro, con el laudable objeto, por supuesto, de que pase por cierto lugar, aunque el camino sea peor, tenga más extensión y cueste unos miles de pesos más al tesoro público; ese ingeniero, dice esta gente, habrá tenido para ello *razones chirracales* de mucho peso.

Si en las elecciones, desoyendo la voz de la conciencia y sacrificando los intereses del país ante los de un individuo o de una casa de comercio, se vota según la indicación de personas influyentes o interesadas en la elección, grita esta maliciosa gente *¡Votación chirracal!*

Si para conseguir el triunfo de cierta candidatura, se esparce el rumor de que ha sido propuesta y recomendada por el Ministerio, aquí la llaman *candidatura chirracal* en vez de ministerial.

Si los ministeriales dicen que han votado según su conciencia y como ciudadanos libres, los *antichirraquistas*, palabra compuesta y derivada también, les contestan

que esa es una *excusa chirracal* y nada más; que la verdadera razón es que a lo lejos han vislumbrado el sueldo de algún destinillo, o son comerciantes y quieren tener cuenta corriente con alguna casa de comercio. Porque por acá la política y el comercio se hermanan admirablemente, y los partidos políticos no se cuentan por los diversos principios que sostienen, sino por casas de comercio; de modo que unos dicen la política del comercio, y los más decimos el comercio de la política; y no salimos de este círculo vicioso, hasta que la República abra los ojos y vea que no son mercaderes, banqueros, agiotistas, ni hombres del tanto por ciento los que necesita, ni sables, ni...; pero nos hemos extraviado.

Si las Cámaras Legislativas son disueltas por el Ejecutivo, bajo pretexto de que se oponen a la buena marcha de la cosa pública, y aunque sepamos que tal disolución es un rudo ataque a la Constitución, una clara violación del inconcuso principio de la independencia de los Poderes, una parodia ridícula del cesarismo, un vano remedo

del poder del sable tronchando la Carta Fundamental y desgarrando la justicia y el derecho; si a pesar de esto, repito, acudimos presurosos, con el sombrero en la mano y la sonrisa en los labios, a felicitar al Ejecutivo por su acertada medida, esta maldita gente exclama *¡Aplausos chirracales!*

Si un mercader tiene que ir a Europa a traer baratijas y, generosamente, se presta a desempeñar cierta comisión... y... logra...; en fin, ustedes me entienden, porque esto tiene visos de nunca concluir y me falta espacio, paciencia y tiempo, aunque me sobra *chirraca*.

No dudo que con estos ejemplos, si mis lectores no son muy lerdos y añaden un adarme de malicia, quedarán más que entendidos de lo que los bárbaros de por acá llamamos *chirracal*.

Respecto de la definición de las palabras *chirraquear* y *chirraqueo*, la dejaremos para mejor ocasión, pues lo dicho basta y sobra por hoy, que es de difícil digestión para tomarlo todo de una vez.

(De *El Cencerro*, Alajuela. 1868).

De León Fernández Guardia

La Mano del Centurión

El número 13,013

La mano del Centurión

EL cuerpo de guardias romanos que custodiaba el cadáver de Jesús, el Nazareno, ajusticiado en la cruz ese día, rodeaba el sepulcro de piedra, dentro de una cueva labrada en duro granito.

Multitud de antorchas iluminaban la orgía con rojiza y ahumada luz. Los soldados, sentados unos, echados sobre el suelo otros, jugaban a los dados o bebían vino en un enorme cuerno que les servía de copa. Sólo el oficial, un Centurión, sentado en el borde mismo del sepulcro, no tomaba parte en el desorden. Vigilaba y meditaba.

Recordaba los últimos acontecimientos del día. El juzgamiento de Jesús, los azotes,

el camino al Calvario, la agonía y el tremendo cataclismo que sucedió a la muerte de aquel pobre nazareno, hijo de un carpintero, que había pretendido revolucionar la constitución romana, la religión judaica, y se había proclamado Rey de los Judíos.

El castigo era tremendo, pero merecido. ¿No serían verdad los hechos extraordinarios que se referían de Jesús? Sería algún semidiós... tal vez algún dios nuevo, no conocido aún ni por los griegos ni por los romanos?... O sería un simple impostor... Pero no. No podía ser así. Él había visto estampado en el paño de Verónica una triple imagen de la cara, martirizada a golpes. Había visto brotar la sangre del costado y sanar los ojos ciegos de uno de sus compañeros. Él había visto morir a aquel sentenciado con un valor y un heroísmo sin precedentes y oscurecerse el cielo. Había sentido temblar la tierra... ¿Dónde estaría la verdad?

En ese momento, dos de los guardias, ebrios de vino y empujados por la pasión del juego, vinieron a las manos. Salieron, como

relámpagos, las cortas y anchas espadas al aire, y el oficial, saltando entre los combatientes, llegó en momento tan inoportuno que su mano derecha, cercenada de raíz, cayó al suelo.

Mudos de horror, todos se pusieron en pie. Los dos contendientes depusieron sus armas, y el oficial, el Centurión, loco de dolor y de rabia ordenó:

«¡Levantad la cubierta de esa tumba!»

La orden fué cumplida inmediatamente. Saltó el Centurión y, metiéndose dentro de la sepultura, alzó el muñón informe y, al propio tiempo que con él azotaba el cuerpo inánime, exclamaba:

«Por ti, Nazareno, por ti perdí mi mano. ¡Haces daño aun después de muerto, impostor! ¡Si eres Dios, sáname!».

Moviéronse los labios del cadáver y oyóse una voz armoniosa y dulce: «Así sea».

La mano saltó del suelo y se colocó en el extremo del muñón. El milagro estaba hecho.

(De *Páginas Ilustradas*).

El número 13,013

Los hechos que voy a relatar son muy conocidos por haberse ocupado de ellos minuciosamente la prensa del país en la época en que ocurrieron. Además, en los Archivos Nacionales se encuentra el expediente relativo al mismo asunto y que, por prescripción, hubo de llegar allí.

El 2 de enero de 188.. se presentó en la Tesorería de la Junta de Caridad, a las ocho y media de la mañana, el joven periodista Antonio Grédy, a cobrar el importe del billete número 13,013, premiado en el sorteo de la lotería del Asilo Chapuí con el premio mayor de veinte mil pesos.

Recibió el dinero después de haber cum-

plido con la formalidad de dar su nombre y se retiró.

Pero, y aquí empieza lo inexplicable del asunto, después se averiguó que Grédy *había muerto a las cuatro de la mañana del mismo día 2 de enero.*

La certificación expedida por el médico de cabecera no dejaba ninguna duda sobre este último hecho y corroboraban esa declaración las de varios amigos de Grédy que lo asistieron en sus últimos momentos.

La cantidad cobrada no se encontró en la habitación del difunto ni en ninguna otra de la casa, a pesar del minucioso registro ordenado por la autoridad.

Las personas que velaban el cadáver aseguraron no haberse separado un solo momento de la casa.

Se pudo encontrar al expendedor de billetes de la lotería, quien recordaba perfectamente haber vendido el número 13,013, *el último que le quedaba* y que todos los compradores rehusaban, a Grédy, la víspera del sorteo.

Varias personas, además de los empleados

de la Tesorería, aseguraron *haber visto a Grédy en la calle el día 2*, entre las ocho y nueve de la mañana.

Por fin, y esto es lo más singular, Grédy, debido a una afección asmática, fumaba unos cigarrillos medicinales que pedía directamente al exterior. Pues bien, al pie del ventanillo de la Tesorería de la Junta de Caridad se encontró uno de esos cigarrillos, medio consumido y en el cual podía leerse aún el nombre del fabricante francés que los elaboraba.

Dos hechos contradictorios se presentaron, pues, a la investigación pública y privada:

1º Grédy había muerto a las cuatro de la mañana del día 2 de enero de 188...

2º Grédy se presentó el mismo día, a las ocho y media de la mañana, en la Tesorería de la Junta de Caridad.

Ambas cosas estaban plenamente, indudablemente comprobadas con declaraciones juradas de personas honorabilísimas.

Y hasta aquí llegó lo que se pudo averiguar.

El año pasado recibí un pequeño paquete por el correo interior y, una vez abierto, en-

contré un sobre grueso y lacrado con este sobrescrito debajo de mi nombre y apellido:

Para ser abierto, en caso de no haber sido reclamado, en el término de dos meses.

Confieso que me sentí emocionado al leer estas palabras y por más que cavilé, me devané los sesos y traté de reconocer la letra, no pude atar cabos ni llegué siquiera a sospechar lo que pudiera contener aquel sobre misterioso.

La tentación me vino muchas veces de romper aquella débil barrera de papel y mi otro *yo* me insinuaba perversas ideas adornándolas con especiosas razones: ¿Si será una burla? ¿Si se tratará de algún suicidio que puedes evitar? De todos modos no estás obligado a acatar esa orden. No has adquirido ningún compromiso.

Y el malhadado sobre no me dejaba dormir, comer, ni vivir a gusto. Enflaquecí durante el primer mes y perdí el apetito durante el segundo.

Por fin transcurrió el plazo señalado y me decidí. Pero, a última hora, me asaltó una duda respecto de la fecha y hora pre-

cisas en que había recibido el paquete y resolví no abrirlo sino hasta el día siguiente.

Pasé una noche agitadísima, desvelado por la curiosidad, y me pareció oír ruidos extraños en la habitación donde está mi escritorio, en una de cuyas gavetas había guardado el documento que me atormentaba.

Inquieto y sobresaltado me levanté silenciosamente y entreabrí la puerta de dicha habitación.

Un hombre, cuyas facciones no podía distinguir porque me volvía la espalda, abría la gaveta del escritorio, sobre el cual había una vela encendida.

Salté sobre él, le así violentamente entre mis brazos y, a la luz de la vela, reconocí al doctor M.

Ni un solo grito había sido proferido.

—Soy un miserable—dijo el doctor;—no tengo disculpa. Permítame V. explicarme y después haga lo que quiera.

—Hable V.—respondí soltándolo.

—¿Usted recibió una carta, hace dos meses, con la mención de que no la abriera antes de ese tiempo?

—Sí.

—¿La ha abierto V.?—balbuceó.

—No.

—Entonces estoy salvado.

—No me explico lo que V. quiere decir.

—Esa carta la escribí yo.

—Nada lo prueba.

—Es fácil demostrarlo. Déme V. su palabra de honor de que al abrirla aquí mismo sólo leerá la firma y se convencerá.

—Pero...

—No perdamos tiempo; haga V. lo que le pido.

Lo extraño de la situación me hizo decidirme.

Saqué la carta, rasgué el sobre, y desplegando la hoja que contenía, leí con verdadera sorpresa, al pie de la misma, la firma del doctor M.

—¿Está V. convencido? — me preguntó.

—No me queda duda; pero V. me debe una explicación.

—Lo comprendo y voy a dársela en pocas palabras. Esta carta contiene la revelación

de un secreto espantoso y cuando la escribí pensé en darme la muerte dentro del plazo fatal de los dos meses; pero... el valor me faltó. Comprendí ayer que V. no la había leído aún, pues de lo contrario... hubiera V. dado un paso que no habría pasado inadvertido para mí y, lleno de terror, resolví apoderarme de este terrible documento; me introduje en su casa esta noche, forcé el escritorio y V. sabe lo demás. Como estoy en mi derecho, *reclamo* a V. la devolución de esa carta.

No hallé qué contestar a sus razones y le tendí el papel.

Lo tomó ansiosamente, recorrió algunas líneas, palideció, y sin despedirse de mí, olvidando su sombrero, su bastón y la vela, saltó por la ventana por donde había penetrado y se perdió en la oscuridad de la calle.

Al día siguiente supe que el doctor M. había sido encontrado muerto en su lecho. Con una bala en la boca había puesto fin a sus días.

En la tarde recibí otro paquete y confieso que lo esperaba. En breves líneas me decía

M. que quedaba autorizado para leer su contenido.

¡Era la explicación del asunto Grédy! He aquí lo que decía:

»Como conozco su afición a las investigaciones de psicología secreta, no quiero morir sin darle a conocer un caso verdaderamente raro. ¡Ojalá pueda esta confesión atenuar en parte la gravedad de mi delito!

»Siempre fuí dado al estudio de los fenómenos del hipnotismo y de la sugestión mental, aunque, por temor al ridículo, nunca me entregué a su práctica abiertamente.

»Hace algunos años trabé relaciones con Antonio Grédy y pronto nuestra amistad tomó el carácter de íntima, debido a que nuestras ideas sobre los fenómenos citados concordaban completamente.

»Poco a poco nos entregamos a una serie de experimentos, notables por sus resultados, y en ellos él era el sujeto pasivo y yo el elemento dominador.

»Grédy vino a ser un instrumento en mis manos.

»Pero lleguemos al hecho importante.

»En la tarde del día 31 de diciembre de 188... Grédy compró, en mi presencia, en la esquina del Hotel Imperial, un billete de lotería. Era el número 13,013, difícil de olvidar por la superstición con que el vulgo siempre ha visto el número 13.

»Comimos juntos en dicho hotel y Grédy estaba muy animado y contento. Atribuía gran influencia a la combinación de las cifras del billete que tenía en su bolsillo y construía castillos en el aire.

»Al día siguiente, llegó a mi despacho lleno de júbilo:

—»Soy rico—me dijo.

—»¿Y eso? ¿Cómo?

—»¡Mira!

»Y me mostraba la lista de los premios del sorteo de ese día. No cabía duda. Allí estaba el 13,013 y, al lado, en gruesas cifras, \$ 20,000!

»Una idea espantosa cruzó por mi cerebro.

—»¿Se lo has dicho a alguien?

—»No; a nadie, pues trae muchos inconvenientes el que lo sepan a uno dueño de una suma semejante.

—¿Y qué piensas hacer?

—»No lo sé aún. Pero lo primero es evitar que me roben o pierda yo este billete...

—»Tienes razón.

—»Y he pensado que tú puedes guardarlo en tu caja de hierro.

—»¡Con mucho gusto!—exclamé.

»Grédy sacó cuidadosamente el papelito, de entre un gran legajo de cartas, y me lo entregó.

»Lo guardé y cerré la caja con la combinación.

—»Y ahora, ¡a divertirnos y a gozar!—dijo Grédy.

.

»Nos separamos, como a la una de la mañana, después de haber asistido al Teatro.

»A las tres unos golpes furiosos resonaban en mi puerta.

»Eran unos amigos de Grédy que venían a llamarme... ¡Grédy se moría!

»Un plan diabólico se me ocurrió mientras me vestía.

»Abrí la caja y guardé cuidadosamente el billete en mi cartera.

»Cuando llegué al lado de Grédy lo encontré acostado, *pero vestido*. Dictaminé inmediatamente e hice salir a todo el mundo con el pretexto de que necesitaba mucho aire, mucha tranquilidad y silencio. Como la casa era de dos pisos y el dormitorio estaba en la parte alta, los pocos amigos que lo acompañaban bajaron al piso inferior y yo les dije que llamaría cuando los necesitase.

»En cuanto me ví solo, comencé por hacer pases sobre el cuerpo de mi amigo. Lo hice pasar del trance natural en que se encontraba a un estado de sonambulismo; le sugerí que debía obedecerme incondicionalmente, y cuando me hube asegurado de su perfecta pasividad, le ordené que presentase todos los síntomas de la muerte; que a las ocho de la mañana se levantara y fuera a cobrar el billete, me entregara el dinero y luego recayera en el primitivo estado.

»Antes de las ocho me arreglé de modo que no hubiese sino pocas personas en la parte baja de la casa; hice salir a Grédy, *un cadáver galvanizado*, por la puerta de servi-

cio y... media hora después volvió y me entregó los veinte mil pesos. En el acto cayó en el estado de muerte *aparente* y diez minutos después, obedeciendo a una nueva sugestión, más poderosa, más concentrada, *murió*.

»Ese es mi crimen y me doy la muerte porque la vida se me ha hecho imposible».

Dejé caer los papeles que contenían tan singular relato y un estremecimiento de horror sacudió mis nervios.

(De *El Libro de los Pobres*)

De Ricardo Fernández Guardia

Un milagro

Un santo milagroso